

MENOR IMPORTANCIA DE LA QUE CREES

Hace tiempo que quiero contar la pequeña experiencia que tuve en aquellos años de instituto. Esos en los que cometemos millones de errores y aprendemos de todos y cada uno de ellos, los cuales recordamos entre risas una década más tarde.

Yo, a día de hoy soy estudiante de segundo de filología hispánica, en la universidad complutense; esa carrera que te abre los ojos a la vida. En la que conoces las infinitas biografías de los grandes poetas que ha tenido nuestro país. Esa, en la que te pasas todo el tiempo posible y más sumergido en libros, los cuales te hacen pensar, muchas veces cambian tu forma de hacerlo e incluso se ofrecen a hacerte de alternativa al mundo real.

Esta historia dio comienzo con el regreso de las vacaciones de Navidad de segundo de la ESO. He de decir que empezamos las clases un poco más tarde debido a la alteración de un fenómeno natural, pero proseguí con la misma ilusión de volver a ver a todos mis compañeros, teníamos muchas cosas que contarnos; y también de ver a los docentes del centro, aunque en concreto a Mar, mi profesora de arte y literatura, era genial, sabía cuál era la manera perfecta para que los adolescentes de la institución estuviésemos calmados y atentos. Tenía un punto alocado que le hacía diferente a los demás. Marcos, y yo nos pasábamos recreos enteros hablando con ella sobre novelas, versos, escritores, etc. A veces se traía libros de algunos filólogos y me dejaba leer un capítulo. Yo también le ofrecía algún libro que otro.

Pero un viernes de enero, no asistió a clase, quizá tendría algo que hacer ese día. No le di demasiada importancia porque el lunes vendría y asunto resuelto. Pero para nuestra sorpresa se alargó un mes. Tiempo suficiente para que todos en clase nos revolucionáramos, cada uno a su manera. Perdimos a nuestra dosis de calma, puede parecer increíble, pero en cuanto Mar entraba por la puerta, brotaba un delicado silencio que hacía que todos los individuos del aula estuviésemos expectantes por lo que nos viniese a mostrar ese día.

En uno de los intercambios de clase que teníamos la puerta cerrada, me giré hacia atrás y fijé mis ojos en un cartel que había detrás de la misma, el cual

decía: *“Pronto tendréis que elegir entre hacer lo correcto o lo fácil.”* Y sinceramente, no sé qué me estaría pasando por la cabeza en ese instante, que tomé la decisión de hacer lo correcto en todo momento, pero de forma radical. Esto hizo que yo me contentara a mí misma, sin embargo me creaba muchos problemas; problemas que en ese momento no veía que lo fuesen. Otra de las consecuencias que trajo esta decisión fue estar en boca de muchos, y ser observada y criticada en todo momento. Cosa que tampoco me gustaba, pero mis acciones derivaban en ello, y yo seguía sin darme cuenta.

Debido a la continuidad de la baja de Mar, llegó Celia, su sustituta. Y a los dos días de estar con ella, realizamos el examen que tenía programado Mar. En mi caso estuve tres semanas preparándomelo, ya que, en parte me lo podía permitir al no tener más exámenes de otras materias cerca. Y le dedicaba todas las tardes a ese examen, de esta forma me liberaba un poco de mi familia, que estaba siempre controlándome, para ver que hacía en todo momento, querían que mi único entretenimiento fuese leer los libros que ellos me imponían, no podía dibujar, ni pintar entre semana. Y que estuviese todo el tiempo restante estudiando y realizando tareas. (Cosa que ya hacía, y resultaba en buenas notas, pero no era suficiente)

Digamos que no les importaba mi opinión. Desde pequeña, me habían educado para que fuese “perfecta”, pero naturalmente no es posible. A los siete años, cuando el resto de niños estaban jugando en el parque, yo estaba escuchando cuáles eran las metas a las que querían que llegase. Teniendo de objetivo a los grandes genios como Mozart, Marie Curie, Velázquez, Lorca...

Al fin llegó el día. Marcos y yo estábamos sentados en nuestro sitio, callados y concentrados para enfrentarnos al examen. Personalmente tenía muchas ganas de hacerlo. Sí, aunque parezca extraño, me gustaba hacer los exámenes de esa asignatura, porque ningún otro profesor había hecho que apreciase tanto las letras, es quizá gracias a Mar, que hoy curso esta carrera. Como era evidente después de tantas horas de estudio, completé todo el examen, incluso añadí algunos apartados, los cuales no había preguntado, pero los teníamos que estudiar igualmente; esto requirió tres hojas escritas. Dato que sorprendió a muchos, pero continué con mi examen. Minutos

después de finalizarlo, recibí una pregunta por parte de Sergio, mi compañero de la derecha que se había pasado la mayor parte del examen mirando a las musarañas.

- ¿Andrea, qué has escrito para ocupar tres hojas? –dijo con un extraño interés.

- Pues lo que pedía y los demás apartados que no ha preguntado –contesté sin darle mucha importancia a su pregunta.

- Pero es que había que escribir exclusivamente lo que preguntaba y de forma “resumidita” –dijo con cierto tono de superioridad, creyéndose un profesor.

- Que yo sepa en ningún momento nos han coartado de esa manera para hacer los exámenes, y recuerda que Mar siempre nos dice que cuanto más pongamos mejor. Además que tú no has de decirme a mí, cómo he de hacer mi examen –respondí, arrepintiéndome de la última frase que dije. Pero no había cosa que más detestase, que la gente que no había estudiado mucho, me dijera cómo había de realizarlas pruebas, para estar a su altura.

Instantes más tarde me giré hacia mi mochila para sacar el libro de geografía que era la próxima asignatura que nos impartían. Retirando la silla me levanté y me acerqué a Marcos para comentar qué tal nos había ido el examen. Ambos hubimos estudiado mucho y estábamos deseosos por saber ya nuestra nota, pero tuvimos que esperar a que pasase el fin de semana. Un fin de semana no muy agradable, ya que me había terminado el libro que había de leerme – impuesto por mi familia, claro– y se me ocurrió la fatal idea de preguntarles si me podía leer un libro que me había recomendado Marcos, mi mejor amigo al que le encantaba leer tanto como a mí. Cómo no, la propuesta fue rechazada y de muy malas maneras. Yo, seguía sin entender por qué a mis trece años no me dejaban escoger el libro que me apeteciese. Pero como siempre, acaté las normas y me fui a mi cuarto a empezar el nuevo libro que habían elegido para mí, el cual finalmente resultó ser muy interesante, se llamaba *La tesis de Nancy*. El domingo dio paso al tan esperado lunes, día en que recibimos la nota del examen.

Cuando Celia entró por la puerta había muchísimo alboroto en clase y tras pedir silencio, comenzó a llamarnos para que fuésemos a recoger nuestro

examen. Estaba impaciente por que dijera mi nombre, Marcos ya había sido nombrado, y cómo no, su estudio resultó en un diez. Me alegré mucho por él. Cuando repentinamente se escuchó mi nombre, me levanté y esquivando algunos grupos que se habían formado para comentar las notas, llegué a recoger mi examen, estaba doblado por la mitad y no quise ver la nota aún, me dirigí, pues, a mi sitio y una vez sentada me dispuse a desdoblarlo. Allí estaba, en la esquina superior izquierda del folio y en rojo. El diez. Por fin mi estudio de tantas horas había resultado. Marcos y yo nos pusimos muy contentos el uno por el otro, pero como no nos gustaba mostrarnos mucho, no exteriorizamos los resultados, ni el entusiasmo que sentíamos –a diferencia de muchos otros–, cambiamos en seguida de conversación. Y para su descontento y el mío, le comenté que no pude leer el libro que me recomendó, sin embargo el nuevo que estaba leyendo parecía muy sugestivo. De igual forma me adelantó como transcurrían las aventuras del protagonista de la novela que estaba a punto de finalizar él.

- Hola Andrea ¿qué nota has sacado? –una voz se distinguió entre el barullo que había los últimos cinco minutos de las clases que recibíamos resultados académicos –la cual interrumpió nuestra conversación–, y cuando descubrí a la dueña de aquel interrogante, me giré sorprendida. Era Carolina, que preguntaba con algún interés oculto, ya que ella y yo no nos llevábamos muy bien. Y sin más dilación respondí.

- Eh... un diez –dije con un tono normal, girándome para continuar la conversación con Marcos. Cuando de repente soltó un comentario totalmente fuera de lugar y sin sentido, ya que ella me había preguntado.

- Muy bien. ¿¡Quieres un aplauso!?! –respondió con un fruncimiento de ceño y tono resentido.

Marcos y yo nos miramos con la misma cara de sorpresa e incompreensión; pero en cuanto Carolina se dio la vuelta para regresar a su sitio, intuí el porqué de tanto interés por mi resultado. Asomaba un 8,2 del examen que contenía entre ambas manos, y esta niña era más de ciencias que de letras.

- Lo único que le pasa a Carol es que ha sacado buena nota y quizá pensaba que podría superarte, y al comprobar que no ha sido así se ha enervado –dijo Marcos.

En ese momento no pude creer, que lo que acababa de escuchar lo había dicho mi amigo, pero también se metían con él por sacar buenas notas. Y ambos estábamos exhaustos de que en cada examen, uno u otro, recibiésemos algún comentario de ese tipo. Al igual que él, yo tampoco entendía por qué se tenían que meter conmigo por mis buenos resultados. Si no estaban contentos con los suyos, sólo habían de esforzarse un poco más. Pero, que no viniesen a los demás a criticarnos por sacar más nota.

Seguidamente de entregar los exámenes y cerrar la mochila, me dispuse a abandonar la clase, al igual que el resto del alumnado, dado que habíamos de irnos ya a nuestras respectivas casas. Descendimos por las escaleras para salir del instituto y caminar por el mismo recorrido de todos los días, cuando llegó a la parada de autobús nos despedimos, y yo seguí andando un poco más hasta llegar a mi portal, que quedaba cerca de la parada en la que Marcos continuaba el trayecto hasta su domicilio. Ambos estábamos impacientes por anunciar nuestra nota en casa. Aunque si hubiese sabido cual iba ser la reacción de mi familia, preferiría haberme callado.

Nada más entrar por la puerta, dejé la mochila y las gafas en mi dormitorio y me dirigí al servicio para lavarme las manos. A continuación me fui al comedor a distribuir protocolariamente los cubiertos, platos y vasos que habían depositado en un extremo de la mesa. Había de hacerlo como si fuese para un restaurante; el vaso inclinado hacia la punta del cuchillo, el filo de este último hacia el plato... y eso no era nada. También habíamos de seguir un protocolo durante la comida; sólo se podía apoyar hasta la mitad del ante brazo en la mesa, porque poner los codos era de mala educación; los brazos tenían que estar ligeramente separados del tronco, pero tampoco mucho porque podía parecer ordinario, digamos que a una distancia del ancho de un libro de 562 páginas, no se podía inclinar el torso para facilitar la entrada del alimento en la boca, la espalda había de estar recta, los hombros alineados, etc.

Ese día hicimos una pequeña comida familiar, pues estaban mis abuelos, mis padres y yo. Cuando a punto estábamos de terminar el segundo plato, decidí anunciar el resultado de mi examen. Horas antes, Marcos y yo estuvimos haciendo suposiciones de las posibles reacciones de ambas familias cuando les dijésemos la nota, pues yo simplemente pedía que se alegrasen por mí.

- Eh... hoy me han dado la nota del examen que realicé el viernes. Y he obtenido un diez –dije acentuando la última frase.

Se formó un incomodísimo silencio que me hizo replantearme si habría de haber dicho mi nota. Me conformaba con que se rompiese viendo dibujadas en sus rostros unas immaculadas sonrisas, perfectas sustitutas de palabras, pero desgraciadamente no fue así.

- No habría que repetirlo, pero en el próximo quiero otro igual –dijo mi abuelo con un tono de enfado inigualable y volviendo a crear el mismo mutismo anterior.

Esta vez fue cortado por mi madre y mi abuela que se pusieron a hablar de exposiciones artísticas en euskera, dado que la mayor parte del tiempo que estábamos en casa, nos comunicábamos en esta lengua.

No volví a intervenir más en la comida, porque me había quedado anonadada después del comentario de mi abuelo. Siempre traía muy buenas notas y aun así seguía estando sometida a tal presión. De tal forma, que me centré en mi roja manzana y en acabarla lo antes posible, para poder irme a mi dormitorio a evadirme en mi novela con las sugestivas aventuras que le ocurrían a Nancy.

La tarde dio paso a la noche. Y después de haber estado muy ocupada haciendo tareas, estudiando y reflexionando sobre lo ocurrido en la comida, llegó la hora de cenar. No tenía muchas ganas de hacerlo, no me encontraba muy bien. Sentía un nudo en el estómago, así que decidí contárselo a mi padre y me sugirió que me tomase una manzanilla. Le hice caso y le pedí tomármela en mi habitación, quería estar sola. Aceptó, pues. Después de haberla ingerido me senté en la cama, y fue en ese preciso instante cuando me acordé de ella, de Mar. Me hubiese encantado que apareciera por arte de magia sentada a mi lado, que apoyase su mano en mi hombro y depositando sus ojos azul verdoso

en los míos me diera un consejo de los suyos, para sobrellevar la situación en casa. Pero todos sabemos que eso no sucedió.

A la mañana siguiente me desperté con media hora de antelación, para poder ir antes al instituto. Después de desayunar, me puse una camisa blanca abotonada, unos vaqueros negros, las converses y me dirigí al servicio para cepillarme el pelo y hacerme una media coleta, ya que con el pelo corto no me daba para más; me cepillé los dientes y regresé a mi habitación para coger la mochila, que había preparado previamente la noche anterior. Llegué al recibidor, me puse el abrigo y les di un beso a mis padres.

- *Agur ama, agur aita* –dije despidiéndome en nuestra lengua y cerrando la puerta.

Hice el mismo recorrido de todas las mañanas, de tal forma que pasaba al lado del monumento a las víctimas del 11M, aunque no se podía ver perfectamente, porque aún era de noche. Después de andar un rato, llegué al instituto, y por la hora que era, estaba cerrado, así que me puse en la acera de enfrente a esperar. De vez de en cuando se veía llegar a algún profesor. Cuando por fin, apareció, el motivo por el cual me había despertado antes para llegar al instituto. Ver el amanecer, sus immaculados colores y tonalidades, era precioso. Naranjas, rosas, amarillos; era una completa maravilla, que transmitía muchísima tranquilidad, cual sentimiento al entrar Mar en clase. Esto hacía que me olvidase por completo de la comida del día anterior. Poco a poco se acercaba la hora de entrada; y Marcos estaría a punto de llegar, pero para mí sorpresa, no fue así, de tal forma que me metí para dentro, ya que pronto empezaría la jornada. Ese día se cumplían tres semanas desde que estaba faltando Mar, cuantos más días pasaban, peor ambiente había en clase. Las faltas de respeto eran constantes, al igual que las humillaciones y ridiculizaciones. Pero sobre todo por parte de un grupo. El típico grupito de los populares que hay en todas las clases, estaba “dirigido” por la más popular, Sara. La mayoría de las veces –por no decir todas– se hacía lo que ella decía, o, tenía que dar ella el visto bueno para que algo se llevase a cabo, etc.

A primera hora teníamos examen de francés, personalmente se me dio bien realizarlo, porque tanto mis padres como mis abuelos hablan la lengua a la

perfección. Y en ese sentido, me ofrecían herramientas de conocimiento que hacían que comprendiese mucho mejor el idioma, por eso me fue muy fácil de completar los exámenes de esa materia. Cuando lo terminé, me quedé con la sensación de que podría obtener el diez. Como aún quedaban unos minutos, saqué mi libro y me puse a leer. Estando sumergida en las graciosas aventuras que le estaban ocurriendo a la protagonista, de ipso facto escuché una breve conversación por parte de Sergio y Carol.

- Mira Sergio, ya está otra vez con el "librito" –dijo Carol refiriéndose a mí en un tono suficientemente alto para que yo lo escuchara.

- Madre mía, qué pesada. Todo el día leyendo –continuó Sergio, orgulloso de lo que acababa de decir.

No les mostré atención, porque eso era lo que querían. Pero ya había recibido comentarios de ese tipo anteriormente y no comprendía muy bien, por qué les molestaba tanto que leyese. Bueno, si sólo fuera por leer... Es que, no se podían meter por un instante en su vida y dejar a los demás en paz.

Inmediatamente acabó el tiempo del examen y entró por la puerta el docente que impartía física y química, Roberto. Y fue en esta clase cuando volví a meter la pata de nuevo, por querer hacer lo correcto. Teníamos prohibido cambiarnos de sitio sin el permiso del tutor. Pues tres personas se cambiaron entre ellas, y esto hizo que se dificultase el impartir la materia, debido a que hablaban con más frecuencia e interrumpían constantemente. Fue entonces cuando Roberto se dio cuenta de este cambio.

- ¿Cuál es vuestro sitio anterior? –preguntó un poco enervado.

Obtuvo un silencio por respuesta. Volvió a preguntar y las tres personas seguían sin contestar. Así que esta vez nos preguntó a los demás miembros de la clase. Pero de forma diferente e indignado.

- ¿Y alguien me puede decir cuáles son los sitios de estas tres personas, o tampoco me vais a responder? –dijo elevando el tono y esperando ansioso nuestra contestación.

Después de que nadie contestara para encubrirles, recordé por un momento el mensaje del cartel y obedeciendo al docente respondí, nombrando los anteriores lugares que ocupaban dichas personas. Ya que esta vez nos preguntó a toda la clase y eso me incumbía a mí también.

– Vale, gracias Andrea. Al fin alguien contesta –dijo Roberto, dirigiéndose al encerado para continuar con la clase.

No hizo falta decirles a las tres personas que volviesen a su sitio.

Pero se detuvo la explicación ya que empecé a recibir comentarios en alto que la retrasó. Que si era una bocazas, que me callara, que dejase de hacerle la pelota al profesor –cuando simplemente respondí a una pregunta que nos hizo a todos– y muchas frases de ese estilo que todos podemos intuir. Muchas de ellas las dijo Sara y los demás la siguieron, cómo no.

En ese instante pensé que me podía haber callado y no decir nada, como hicieron el resto de la clase. Pero también pensé: lo fácil es estar callada y formar parte de los que sabían la verdad y no la dijeron; y lo correcto es obedecer al docente y responder.

– Además ¿por qué se cambiaron de sitio, sabiendo que lo tenemos prohibido? Y para colmo, después de ser descubiertos, la mejor solución es estar callado. Pues si son tan valientes de incumplir las normas, que tengan el mismo valor para dar la cara –pensó mi mente de niña de trece años.

El día continuó de cierta manera incomoda, cada vez que me llegaba el turno de decir la respuesta de algún ejercicio, alguien repetía lo que yo había dicho con tono de burla. Pero yo era –y sigo siendo- de esas personas que intentan disimular cuando tienen un problema. Me lo callaba, no lo exteriorizaba en ningún momento por no preocupar a nadie. Este hecho, sólo hacía que la bola se hiciera más y más grande, sin darme cuenta estaba fingiendo todo el rato estar bien, cuando era totalmente lo contrario. Concretamente esa semana fue horrible, y aún no había terminado; problemas en casa, en el instituto y para colmo ese día no había asistido Marcos a clase. Era mi mejor amigo y me entendía perfectamente, como si tuviésemos el mismo cerebro y pensáramos igual.

Pero tenía cita en el hospital toda la mañana y no pudo venir, gracias a eso pudo estudiar una tarde más el examen de francés que no realizó. Francés era de las pocas asignaturas que no se le daban muy bien, así que esa tarde iría a la biblioteca del instituto a estudiar. Decidí ir con él para poder ayudarlo con la materia, también he de decir que empezábamos con tiempos verbales y eso era una dificultad añadida. Después de estar dos horas seguidas con francés logró tenerlo más claro e ir más preparado al examen.

A menudo, nos ayudábamos mutuamente para preparar los exámenes difíciles.

Al día siguiente, después del recreo teníamos francés, y para nuestra sorpresa le había dado tiempo a corregir los exámenes de un día para otro. Tenía ganas de saber si había conseguido el diez, porque cuando lo terminé me quedé con la sensación de poder lograrlo. Como Marcos había de realizar el examen ese día, dado que faltó el oficial, no los repartió y se limitó a decirnos el resultado. Algo coherente, pero a su vez impedía ver los errores que habíamos cometido; si es que teníamos, claro.

Margot se acercó a la mesa de Marcos y le explicó un poco de que iba el examen, en fin lo que hacen los docentes al comienzo del mismo. Una vez finalizada la breve explicación, cogió el cuaderno donde tenía apuntadas las notas y sin levantar la vista del papel empezó a comunicar nombre y resultado, y he de decir que a algunos se les complicó un poco este examen, reitero que empezábamos tiempos verbales y era un lio. Pero me centré más en que llegase a mí nombre, que en los resultados de los demás. Cuando por fin me llegó el turno.

– Andrea. Un nueve con ocho –dijo Margot haciendo una pausa y levantando la mirada del papel para mirarme fijamente durante cuatro segundos.

La frustración me invadió completamente; había estudiado muchísimo, me lo sabía perfectamente, no tenía ninguna duda momentos antes del examen. Agaché la cabeza apoyándola entre las manos y me quedé mirando fijamente la mesa, pensando que había podido restarme cero con dos; y cuál sería la reacción de mi familia cuando se enteraran. De repente escuché un comentario en referencia al gesto que acababa de hacer.

– Y encima se quejará, ¡pero si tiene un nueve con ocho! –comentó Sara.

Esto hizo que me enervase aún más. ¿Es que no podía pararse a pensar que hay personas que no nos conformamos con tan sólo aprobar? Si se puede llegar al diez, pues mejor. Además, se podría haber centrado en su nota y no en la mía. Porque siempre acababa metiéndose en todo lo ajeno.

Cuando terminó la clase Marcos se puso a hablar conmigo y me estuvo contando cómo le había ido el examen. Por su tono de voz parecía muy nervioso, pero cambié de tema y le pregunté qué tal el libro nuevo que acababa de empezar. Al cabo de unos minutos hablando, pareció haberse calmado en cierto modo.

Margot se nos acercó y le dijo a Marcos que se podía pasar al final de la jornada a ver su nota, ya que tenía una hora libre y eso le permitiría corregir su examen. Aproveché la ocasión y le pregunté si podía ir a revisar los errores de mi examen. Y me dijo que sin problema podría acudir.

Cuando terminamos la última clase, Marcos y yo nos dirigimos al departamento de francés como habíamos acordado con la docente. Primero le entregó el examen a él y por su cara, algo me decía que no le había salido muy bien. Pues obtuvo un siete con dos, y entendía su frustración perfectamente. Porque ambos estábamos acostumbrados a sacar mucha más nota, pero le recordé todo el tiempo que estuvo estudiando las tardes anteriores y en concreto la previa al examen. Eso, pareció tranquilizarle un poco y reconoció que no estaba tan mal para lo que le costaba esa asignatura.

Después llegó mi turno y me entregó el examen. Me puse a contemplarlo entero y no había ningún error. Los tiempos verbales perfectos, el vocabulario igual, las traducciones también, la escritura de números...todo estaba correcto, volví a colocar el examen por la primera página y me di cuenta que el error estaba en la fecha, –cosa que no entraba en la puntuación del examen- y se me había pasado poner el guión que va en medio de: *vingt - trois*. En ese instante no podía creer que me hubiera quitado dos décimas por un simple guión, cuando tenía el examen perfecto y reitero que la escritura de la fecha no puntuaba. Podría haber obtenido un diez. Le devolví el examen y salimos.

Marcos y yo teníamos la misma cara de frustración. Ambos pensábamos en cómo decírselo a nuestras familias. Yo había pensado en no decir nada y así me ahorraría la bronca. Pero para mí descontento no fue así. Esa tarde tuve la noticia de que íbamos a ir a casa de mis tíos a tomar café, estarían mis abuelos, mis padres, mis tíos y yo. Era la perfecta distracción para que estuviesen entretenidos hablando y no me preguntasen por las clases. Yo estaba sentada en una esquina de la mesa con mi libro entre ambas manos. Mientras, se cruzaban conversaciones en euskera de fondo. Cuando escuché:

– Y bueno Andrea, ¿qué has sacado en el examen de francés? –dijo mi abuela.

– Pues...un nueve con ocho –respondí con la voz temblorosa y mirando hacia abajo.

– Pero bueno, ¿¿se puede saber por qué narices no has sacado un diez, eh; con todo lo que has estudiado y lo bien que se te da el idioma?! –dijo mi tía, casi regañándome.

A ver cómo les decía que era porque se me olvidó poner un guión. En fin. Alcé la cabeza, y hablando de seguido le miré fijamente y le dije:

– Pues porque se me ha olvidado poner un guión y me ha quitado cero con dos, pero tenía el examen perfecto, por eso no he obtenido el diez –conteste elevando un poco la voz. Y pensando por qué no se podían alegrar de que hubiera sacado ese resultado, y decirme simplemente. *Muy bien*, o cualquier otra cosa. Pero no. Tenían que someterme a tal presión, con tan sólo trece años, cuando mis notas no bajaban del ocho.

Pronto volvimos a casa y se hizo de noche. Serían las siete y media, más o menos. Al entrar en mi habitación, me dirigí directamente al escritorio y me puse a hacer la poca cantidad de deberes de la única asignatura de la que habían mandado –fue por ese motivo, por el cual fuimos a tomar café por la tarde–, estuve aproximadamente hasta las ocho y media, ya que también aproveché y seguí leyendo un poco más el libro que tanto me tenía enganchada. Cuando termine mi tarea, fui al baño para ducharme y posteriormente ir a poner la mesa y cenar a las nueve y cuarto. Esto último fue el mejor momento ya que teníamos brócoli y es mi comida favorita, así que no

fue muy mal la cena. Aunque volvieron a sacar el tema del examen de francés. Y se volvió a estropear un poco el ambiente, ¿es que no podía haber algún día que acabase bien? Cuando termine de cenar me fui a cepillarme los dientes y regresé al comedor.

– *Gabon aita, gabon ama* –dije dándoles las buenas noches a mis padres.

– *Gabon maitea* –dijeron ambos a la vez, deseándome buenas noches también.

Me dirigí a mi cuarto, me metí dentro de la cama y como todas las noches iba a coger el libro que tenía en la mesilla para sumergirme en la novela y olvidar el horror de día que había tenido, cuando levanté la vista y me quedé mirando la estantería de la pared izquierda donde había colocado un libro que me leía a ratos porque era una especie de manual con técnicas para la creación de obras de teatro. Fue en ese preciso momento, cuando volvió a aparecer en mi mente. Me levanté de la cama y me acerqué a la estantería para cogerlo, volví a arrojarme y al abrirlo, ese immaculado olor a ella invadió mis fosas nasales y a golpe de martillo apareció una delicada lagrima. Era miércoles y se cumplían tres semanas y tres días sin ver a Mar. He de decir que echaba mucho de menos sus clase y a ella, por supuesto. Así que convenciéndome de que pronto regresaría, cerré el libro, apagué la lámpara y me dispuse a dormir.

El jueves dio paso al viernes, y eso significaba que el horror de semana llegaría a su fin. Pero no contaba con que aún, el viernes tenía que pasar. Para mi sorpresa fue un día agridulce, porque nada más llegar nos informaron que faltarían los profesores de las dos primeras clases, así que aproveché y me pasé las dos horas leyendo –Marcos hizo lo mismo–, después del recreo teníamos tres clases y la primera era música en la que estuvimos tocando diferentes instrumento de percusión. La siguiente clase era arte y literatura, deseando estaba de que comenzase. Celia llegó un poco tarde. Y tras entrar y dejar el material en la mesa, nos anunció algo.

– Lo primero, buenos días –continuó–. Y lo segundo, tengo que comunicaros que debido a su completa recuperación, el lunes impartirá la clase Mar.

Por fin después de un mes volveríamos a verla. El aula se inundó de aplausos y gritos de alegría y emoción, que parecían no cesar nunca. Marcos y yo nos miramos fijamente y no supimos que decir, así que nos sumamos a los aplausos. Llegó la última clase del día –geografía–, la impartía Arantxa una profesora serena y tranquila, la cual tenía constancia de lo que había estado ocurriendo con mis compañeros en clase, ya que fue la primera docente en estar presente en uno de los momentos en los que se metían conmigo por mis notas o por cualquier otra cosa; y con frecuencia me preguntaba si había vuelto a suceder. Cuánto me hubiese gustado poder decirle que no. Aún mantenía la emoción por la noticia de la anterior hora, cuando esta fue cesada radicalmente.

– ¿Chicos, os puse deberes para hoy? –preguntó Arantxa.

– Sí, la página sesenta y cuatro entera –respondí a su pregunta.

– ¡Pero cállate, eres una bocazas! –empezó gritándome Sara.

– ¡¡Eso, cállate!! –prosiguió otro del grupito.

Y detrás de estos gritos vinieron los de un tercio de la clase, que seguramente no pensaban igual que Sara, pero por seguirle la corriente, también me gritaron. Llegó un momento que no los oía a pesar de que no cesaban, me quedé mirando fijamente a la pizarra sin decir nada, y empezaron a rodar algunas lágrimas por mis mejillas –yo no quería que saliesen, pero salieron solas–.

– Andrea vamos fuera. Empezad a leer la siguiente página de apuntes –dijo Arantxa saliendo de clase y cerrando la puerta, para que no escucharan nada.

– Esto no puede continuar así. ¿Has hablado con el tutor? –preguntó.

– Sí, pero me ha dicho que me mantenga callada para que vean que no me importa lo que me dicen y así pararan, y tiene razón lo que quieren es que yo salté –respondí.

– Bueno tranquila, ahora relájate y confía en lo que me dijiste, que esto va a cesar en cuanto Mar regrese. Y si no es así, tomaremos medidas.

El fin de semana dio paso al lunes. Por fin volvería Mar, teníamos tantas ganas de verla. La primera clase la dedicó a hablar con nosotros de todo lo que sucedió en los días de su ausencia. Había sido informada de nuestra alteración. Y también de lo que me había sucedido a mí. Al acabar esa clase me citó al día siguiente para ir a hablar con ella a un aula a solas.

Entré en la clase, y en una esquina de la alargada mesa estaba sentada Mar. He de decir, que estaba demasiado nerviosa, así que intentando disimularlo, cerré la puerta y me senté enfrente de ella. Había sido informada de algunos sucesos, pero no de todos. Después de saludarme, me pidió que le contara todo lo que había sucedido y así hice. Cuando terminé le hice una pregunta, la cual había estado apareciendo en mi cabeza sin cesar esa última semana.

– ¿Por qué se meten conmigo, si sólo intento hacer lo correcto en todo momento? –dije buscando una respuesta que hiciera que todo volviese a ser como antes, que volviese a pasar desapercibida.

– Pues mira Andrea, lo que ha sucedido es que tú has querido hacer lo correcto en todos los aspectos, y de esta forma te contentabas a ti misma, pero algunas decisiones incumbían a los demás, como la que pasó con en la asignatura de Roberto, ahí tus compañeros te vieron más como una chivata que como alguien que hace lo correcto. Entonces, está bien que hagas lo correcto, eso no te lo voy a negar. Pero te tienes que tranquilizar y relajar un poco, que tienes trece años. Porque piensa que al hacer lo correcto de forma tan radical, te acercas más a la figura de un profesor que a la de una alumna de segundo, y es por eso que tu compañeros te ven como el guardián de la clase o como una policía, que está pendiente de hacer lo correcto, que como otra compañera más. Entonces ocúpate de lo tuyo con responsabilidad, pero sin agobios, y los demás son los demás. Pasa olímpicamente de ellos, no lo controles todo, y si me haces un favor deja ya las perfecciones y las posibles equivocaciones, y disfruta de la adolescencia –dijo captando toda mi atención.

Y por último, clavó su mirada en la mía, colocó mi mano izquierda entre las suyas y me dijo una frase que nunca se me olvidará:

– Andrea, recuerda que esto tiene menor importancia de la que crees.